

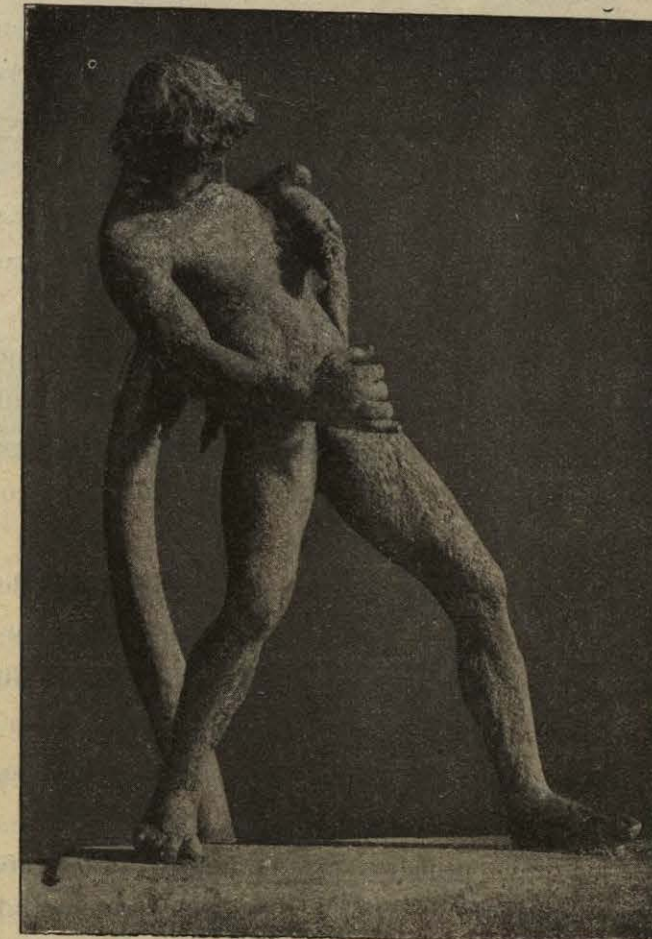
Naturaleza misma. Si Roma ha acabado por perder su autoridad, es que el eje del mundo ecuménico se ha prolongado hacia el Noroeste y que el mismo Mediterráneo ha acabado por no ser más que un simple anexo del territorio civilizado, vuelto en lo sucesivo hacia el Océano.

Esta disposición geográfica de las tierras cuyo centro ocupaba Roma, tuvo por resultado darle durante siglos una extrema solidez en la resistencia. La pequeña nación encerrada en el vasto anfiteatro de las colinas y de los montes, debió reconcentrarse sobre sí misma, darse una vigorosa osamenta, y, por decirlo así, un esqueleto duro y resistente. Antes de extenderse más allá, en los límites del segundo anfiteatro concéntrico formado por los Apeninos, tuvo que asimilarse fuertemente los poblados y naciones circunvecinas hasta constituir una poderosa unidad romana difícil de ser menoscabada. Después se realizó un trabajo análogo durante siglos de lucha con todas las poblaciones del Cis-Apenino, y de la misma manera se hizo, más tarde aún, la absorción de los pueblos de la península Itálica, al sud de los Alpes, del cortejo de islas que completa el horizonte circular: Córcega, Cerdeña y Sicilia y de las franjas insulares del litoral ilirio.

Tal fué, en sus grandes rasgos, la historia de Roma conquistadora antes que pudiera pretender la dominación del mundo. Ciertamente que entró por algo la casualidad feliz en el escalonamiento de sus adquisiciones; se sustrajo al furor de conquistas de Alejandro, que sometía las naciones a miles de kilómetros de su reino paternal, mientras que Roma luchaba todavía por la supremacía sobre las crestas de los montes desde donde los soldados podían descubrir el humo que ascendía de su propio hogar sobre las Siete Colinas. Alejandro de Macedonia murió a la edad de 33 años; su reino se rompió en fragmentos, mientras que Roma se engrandecía; cuarenta años después terminó la dominación del tronco peninsular, sin que ningún sucesor del Macedonio viniera a perturbarla en sus conquistas; pero tres años solamente separan la victoria del lago Vadimón, alcanzada por los Romanos sobre los Galos y sus aliados,—y por la cual los pueblos cispadianos fueron definitivamente subyugados,—y la entrada en campaña de Pirro,

suscitada por la ofensiva contra Tarento. El rey de Epiro, general de la escuela de Alejandro y supuesto descendiente de Aquiles, venía demasiado tarde; su fracaso se explica por el débil apoyo que le aportaron las tribus al sud de la península. Sea por fidelidad, sea por agotamiento completo, sea por desconfianza hacia el extranjero, los Samnitas no se dejaron comprometer seriamente en una nueva lucha contra su vencedor; Pirro fracasó en esta tarea, lo mismo que, después de él, Aníbal, porque no pudo lograr atraerse las ciudades de la Gran Grecia.

Este crecimiento lento y metódico, procediendo por etapas, tiene por corolario la for-



FAUNO EN BRONCE, HALLADO EN LA «CASA NUOVA» EN POMPEYA

Museo de Nápoles.

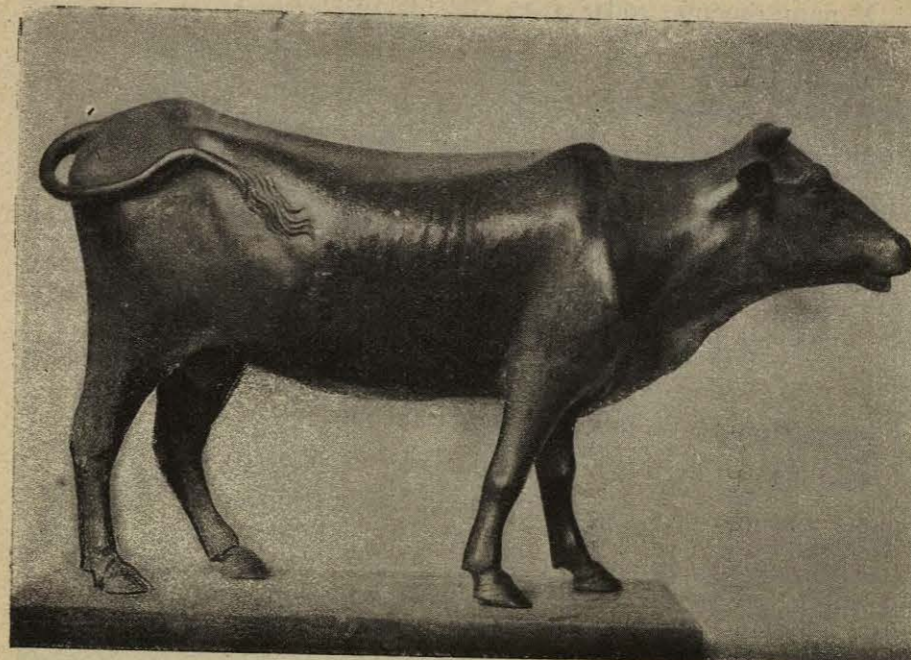
taleza extraordinaria de que Roma dió prueba durante sus reveses, después de sus más terribles derrotas: esta constancia en la desgracia, esta confianza en los últimos recursos de la inquebrantable voluntad, tuvo su primer origen en la naturaleza misma del suelo que había hecho la historia romana. La tierra, en su forma y en su relieve, dió al pueblo de la Ciudad Eterna su carácter moral. Pero, como siempre, en el pensamiento de los hombres el efecto se ha

antepuesto a la causa: se atribuyó a las virtudes nativas de los Romanos lo que provenía de la misma Naturaleza.

Pero la fuerza de Roma no se gastaba por completo en el acrecentamiento de su imperio, sino que empleaba gran parte de ella en disensiones intestinas. Los diversos pueblos que se habían reunido en la ciudad del Tíber no se distinguían únicamente por el origen, diferían también por las condiciones de fortuna y la posición social; constituían otras tantas clases que, por la fuerza de las cosas, se fundieron gradualmente en dos sociedades de intereses distintos y necesariamente hostiles, los patricios y los plebeyos. La historia interior de la ciudad no refiere sino las peripecias de la continua lucha. La usura agravaba las relaciones entre las dos clases, porque el deudor se convertía en la presa, en la cosa del acreedor. La terrible ley de las «Doce Tablas», destinada a dar a las costumbres locales un carácter de eternidad, demuestra cuán fácilmente caía el pobre plebeyo en las manos de su acreedor. «Que el rico responda por el rico; por el proletario quien quiera... Al tercer día del mercado, si hay varios acreedores, que corten el cuerpo del deudor. Si cortan más o menos, que no sean responsables por ello. Si quieren, pueden venderle al extranjero, al otro lado del Tíber»¹. El Shylock de Shakespeare no era más que un resucitado de la antigua Roma. Esa ley atroz, que puesta en acción sobre el teatro nos espanta, es nuestra ley, es nuestro «derecho romano».

Desde los primeros años de la república se produjo una ruptura completa entre patricios y plebeyos. Estos, cansados de la opresión, no habían llegado a rebelarse, pero hicieron huelga, y, saliendo de la ciudad, se retiraron al monte Aventino, después fueron aún más lejos, al monte Sagrado, desde donde amenazaron hacer, con ayuda de las tribus vecinas, una ciudadela de ataque contra Roma. Los patricios tuvieron que parlamentar y, como otros en análoga circunstancia, recitaron, bajo forma apropiada a las costumbres romanas, aquella famosa fábula de los *Miembros y el Estómago*, que sería de una verdad perfecta si en el cuerpo social los miembros recibieran del estómago los amplios alimentos reparadores que les

¹ V. Duruy, *Histoire des Romains*, ps. 208 y 212.



Cl. Giraudon.

VACA DE BRONCE, HALLADA EN HERCULANO

Museo del Louvre.

son debidos. Al fin, mediante buenas promesas, volvieron los plebeyos a la ciudad y se logró satisfacerles a medias con concesiones políticas, aunque sin ceder en nada sobre el fondo mismo de la cuestión, puesto que los pobres quedaron pobres, sin derecho a la posesión de la tierra. Sin embargo, la institución de dos tribunos del pueblo, magistrados inviolables, armados del derecho de oponer su *veto* a toda ley que desagradase al pueblo, y aun de proponer otras leyes por vía de plebiscito, hubiera podido ser fatal a la aristocracia romana, si ésta no hubiera tenido cuidado de hacer frente a ese gran peligro, poniendo en práctica un método que ha servido en todo tiempo a las clases directoras amenazadas, pero que en ninguna parte ha sido aplicado con tanta constancia ni con tanto éxito como en Roma: prolongar las guerras exteriores, que quitaban al pueblo la flor de la juventud y de los hombres hechos, desviando hacia el extranjero las pasiones de odio y de venganza. En lugar de dar a los proletarios, en el seno mismo de la República, la parte igual que hubieran podido pretender, se les presentaba el espejismo de la embriaguez de los pillajes futuros.

Y naturalmente, todas esas guerras exteriores, decretadas por patricios, mandadas por otros nobles y destinadas al afianzamiento de su poder sobre la multitud plebeya, fortificaban el partido aristocrático en todo el territorio de las conquistas y hasta más allá de las fronteras en todos los países no anexionados todavía. En Roma, los soldados, divididos primeramente por «mille»—de donde se deriva el nombre de *miles*¹,—formaban detrás de sus jefes, los pobres detrás de aquellos a quienes los despojos de las ciudades habían enriquecido, y el espíritu público, animado por los recuerdos de violencia y las esperanzas de rapiña, se embriagaban de ambición. Fuera de Roma, los patricios de las otras ciudades estaban decididos de antemano a acoger bien a los generales que les libertasen de toda inquietud respecto de la plebe temida. Muchas familias latinas, dice Fustel de Coulanges², emigraron a Roma porque no les agradaba el régimen democrático del Lacio y preferían apoyarse sobre el patriciado romano. Asimismo los Volscos y los Etruscos entregaron sus ciudades a los Romanos donde quiera que dominaban aristocracias civiles y sacerdotales. Y después, en el período crítico de la autonomía romana, cuando Aníbal descendió a Italia, todas las ciudades se revolucionaron, no para asegurar su autonomía política, sino para hacer triunfar uno u otro de los partidos respectivos: en cada comunidad urbana, la aristocracia estaba por Roma, la plebe por los Cartagineses.

Con la política puramente invasora de Roma, las guerras púnicas habían llegado a ser inevitables. Las dos potencias tendían igualmente a la expansión indefinida; los puntos de contacto entre sus territorios se hacían cada vez más numerosos y los choques preliminares eran más frecuentes. Se conocían de larga fecha; al día siguiente de la expulsión de los Tarquinos, un tratado regulaba su derecho respectivo al comercio marítimo, en Cartago se prohibía entonces toda incursión sobre el litoral del Lacio, entre la Etruria y el Cabo Circe; ciento sesenta años después, se renovó el pacto sin gran modificación; en la misma víspera de venir a las manos, un nuevo cambio de firma unía a Roma y Cartago contra Pirro. Por último, cerca de 500 años después de la época fijada por la leyenda para la

¹ R. von Ihering, obra citada.

² *La Cité Antique*, p. 449.



BIREME ROMANA

Cl. Alinari.

Museo del Vaticano.

fundación de Roma, tuvo lugar la ruptura, y aunque, según dijo un general cartaginés, ni siquiera debió ser permitido a los Romanos mojar los dedos en el agua salada, uno de los primeros encuentros fué una batalla naval, cerca del ángulo nord-oriental de Sicilia. Y como suele suceder en los duelos entre prácticos consumados aunque rutinarios y jóvenes inexpertos que se dejan llevar por su franca iniciativa, los menos habituados al balanceo de las olas obtuvieron el triunfo; pero hay que observar también, lo que los patriotas romanos tuvieron oculto, que unos ingenieros y marinos griegos de Sicilia rivales de los Cartagineses, contra los cuales luchaban hacía siglos, se pusieron a sueldo de los Romanos y dirigieron la construcción, el armamento y la dirección de su flota¹.

No hay duda que han de atribuirse a los Griegos los nuevos medios de ataque de que fueron provistos los barcos latinos: eran éstos una especie de picos o «espolones» que harponaban y retenían

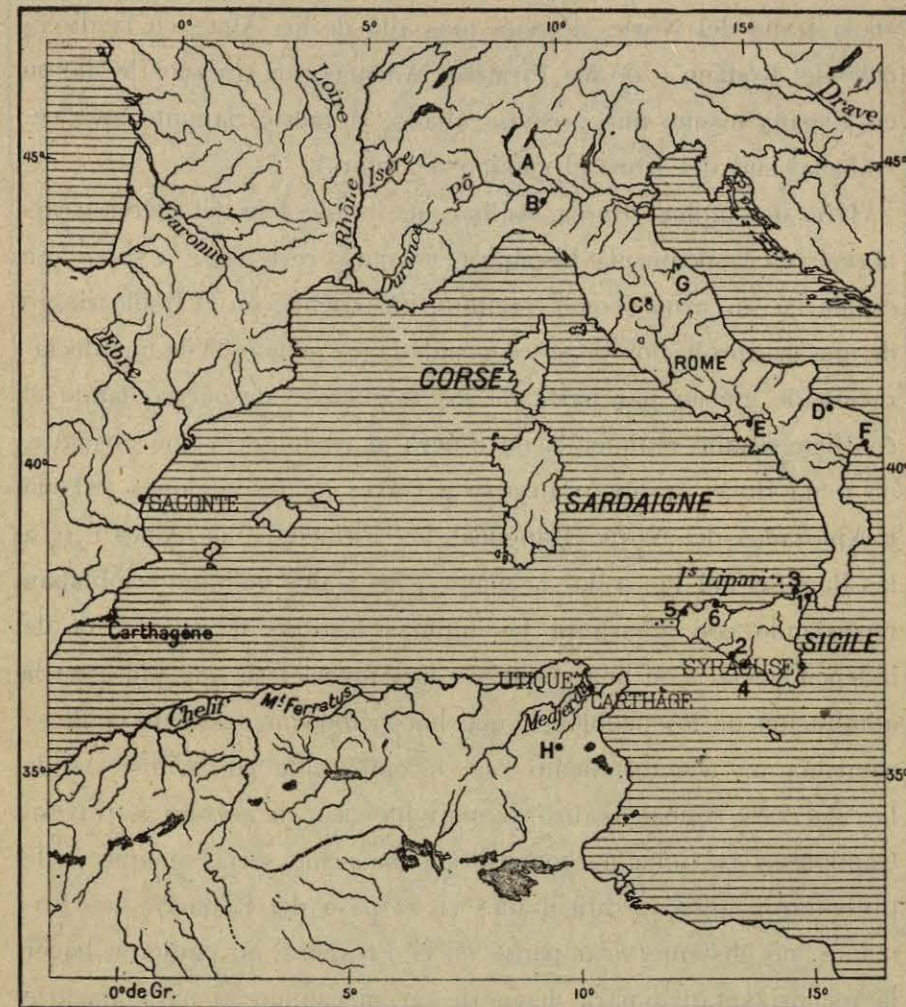
¹ Leopold v. Ranke, *Weltgeschichte*, II, 1, ps. 179 y 180.

los barcos cartagineses durante el abordaje. Estos nuevos aparatos aseguraron la victoria a la flota de Duilio, y fué tal la alegría de Roma por haber aprendido a vencer en el mar como tenía costumbre de triunfar en tierra, que la embriaguez de gloria dió nacimiento a una nueva forma arquitectónica. Todavía en la actualidad, después de veintidós siglos, los constructores clásicos se creen obligados a erigir columnas rostrales.

A continuación de sus victorias marítimas, los Romanos, comenzando la era mundial de su gran destino, se creyeron bastante fuertes para desembarcar sobre la tierra de Africa; entregados a sí mismos, los Cartagineses hubieran sido quizá impotentes para rechazar el ataque, pero a la cabeza de sus ejércitos de mercenarios se encontraban generales griegos formados en la escuela de Alejandro. Las fuerzas romanas no pudieron mantenerse al sud del Mediterráneo, y en las aguas de Sicilia, cerca de la península natal, se continuó la lucha. Por último, tras veinte años de esfuerzos, a pesar de los triunfos de Amílcar Barca, o «El Rayo», que aprendió el arte de la guerra en la escuela espartana, Cartago hubo de abandonar Sicilia, después Cerdeña y Córcega y rebajarse hasta pagar un tributo. Después pasó tres años de terror guerreando sin tregua contra sus propios soldados, gentes de toda raza y de toda lengua, reclutados para el combate y por el botín, y que no habiendo podido entrar a saco en Roma, querían saquear Cartago.

Pero por temibles que sean las armas para aquellos mismos que las manejan, la continuación del conflicto era inevitable, y de una parte y otra se preparaban a sostener el segundo choque. El intervalo de más de veinte años que separa las dos guerras púnicas fué empleado por las potencias hostiles en extender sus territorios alrededor de la cuenca del mar Tirreno. Prolongaron sus brazos, por decirlo así, extendiendo su dominio todo lo posible sobre el litoral mediterráneo que tenía cada cual más inmediato: era esta una manera indirecta pero eficaz para combatirse. Los Cartagineses se apoderaron de las costas de Mauritania hasta el Océano; Amílcar Barca sometió sucesivamente todos los pueblos de España hasta el Ebro, y dueño de las ricas minas de plata de Cartagena, una «Nueva Cartago», alimentó desde lejos el tesoro de la madre patria. En cuanto a Roma,

N.º 192. Teatro de las guerras púnicas



1 : 15 000 000

0 250 500 1000 Kil.

PRIMERA GUERRA PÚNICA: Roma se apodera de Mesina (1).	...	año de Roma	489
Toma de Agrigento (2), en 492; victoria naval de los Romanos, cerca de Mylae (3).	...		493
Victoria naval frente a Ecnome (4), 497; los Romanos van a Africa, son derrotados cerca de Túnez, 498, después en el mar, frente a Drepane (5).	...		505
Amílcar Barca se atrincheró en la montaña que domina Panorme (6), pero la destrucción de una flota de socorro (5) le obliga a pedir la paz.	...		512
SEGUNDA GUERRA PÚNICA: Aníbal toma Sagunto en.	...		534
Atraviesa los Alpes, derrota los Romanos cerca del Tesino (A) y del Trebia (B).	...		535
Después cerca del lago Trasimeno (C), en 536; por último en Canas (D), en 537. Muchas ciudades le abren sus puertas, entre otras Capua (E), pero las ciudades griegas permanecieron fieles a Roma, y Aníbal toma Tarento (F), en 540. La fortuna se le vuelve contraria, Capua vuelve a ser tomada, 542; Escipión se apodera de Cartagena y de una parte de España.	...		544
Un ejército de socorro, bajo el mando del hermano de Aníbal, es destruido en el Metauro (G).	...		546
Aníbal se retira al sud de la Península, pero Escipión lleva la guerra a Africa y el Cartaginés deja Italia y va a hacerse derrotar en Zama (H).	...		551
TERCERA GUERRA PÚNICA: Los Romanos desembarcados en Utica, declaran la guerra a Cartago.	...		607